

bres de los Partos, y que ya se habia mostrado fiel á los Romanos en la batalla de las máquinas, se llegó á Antonio, y le previno que se retirara llevando siempre los montes á la derecha, y no expusiera un ejército, por la mayor parte de infantería y armado pesadamente, en un terreno desnudo, y abierto á las cargas y á las saetas de una caballería tan numerosa; pues esta habia sido la intencion de Fraates en hacerle abandonar el sitio bajo condiciones tan benignas; y que él mismo le guiaria por un camino mucho mas corto, y en el que tendria mayor abundancia de víveres. Antonio al oírle se puso á reflexionar; y aunque por una parte no queria que pareciese desconfiaba de los Partos despues del tratado, por otra le era muy grato el atajo del camino, y el que la marcha fuese por aldeas habitadas: así pidió al que queria ser conductor alguna prenda para creerle. Prestóse el á que le tuvieran aprisionado hasta haber puesto el ejército en la Armenia; y por dos dias fué de guia atado sin que ocurriese novedad; pero al tercero, cuando ya Antonio no pensaba en los Partos, y por la misma confianza caminaba sin la menor cautela, observó el Mardano que una presa que habia en el rio estaba recientemente rota, y el agua se derramaba con abundancia por el camino que habian de llevar; lo que le hizo comprender que aquello era obra de los Partos, con el objeto de que el rio los enredara y detuviera. Hizo pues que Antonio lo viese y observase, para que viniera en conocimiento de que los enemigos estaban cerca; y aun no habia acabado de formar sus tropas, disponiendo una carga de los ballesteros y honderos contra los enemigos, cuando ya se presentaron los Partos, y corrieron á envolver y cortar por todos lados el ejército. Marcharon contra ellos las tropas ligeras; y no recibéndolas menores de las saetas y pelotas de plomo que se les arrojaban, se retiraron. Repitieron otra vez el mismo choque, hasta que volviendo los Celtas contra ellos sus caballos, los acometieron con viveza y los dispersaron, sin que en todo aquel dia volvieran á parecer.

Viendo con esto Antonio cómo debia conducirse, protegió

con muchos ballesteros y honderos, no solo la retaguardia, sino tambien uno y otro flanco; y caminando con su hueste en cuadro, dió órden á la caballería de que los acometiera y rechazara, y rechazados no les siguiera lejos el alcance: de manera que los Partos, habiendo experimentado en cuatro dias seguidos que nada habian podido adelantar, ni habian causado mas daño que el que habian recibido, empezaron á aflojar, y pensaban en retirarse, poniendo la estacion por excusa; pero al quinto dia Flavio Galo, buen militar, emprendedor, y que se hallaba con mando, se llegó á Antonio, y le pidió que le permitiera tomar mayor número de los tiradores de retaguardia y algunos caballos de los del frente, como para hacer una cosa memorable. Dióselos, y al cargar los enemigos los rechazó, no como antes retirándose luego á incorporarse con la infantería, sino permaneciendo y trabando un combate reñido. Viendo los comandantes de retaguardia que se habia desunido, lo enviaron á llamar; pero él no hizo caso. Dícese que el cuestor Ticio, echando mano á las insignias, retrocedió, y reconvino con denuetos á Galo de que no hacia mas que perder á los mejores y mas valientes soldados; pero este le volvió las injurias, y mandando á su tropa que permaneciese, Ticio se retiró; mas Galo, arrojándose denodadamente sobre los enemigos que tenia al frente, no observó que le cercaban y envolvian muchos por la espalda. Herido pues y acosado por todas partes, envió á pedir auxilio; y los capitanes que mandaban la infantería, de los cuales era uno Canidio, hombre de grande influjo y poder cerca de Antonio, cometieron, como lo puede juzgar cualquiera, un grandísimo yerro: pues cuando debian acometer con toda la hueste apiñada, enviando de auxilio partidas pequeñas, y vencidas aquellas, otras, no vieron que de aquella manera iban á poner en derrota y en fuga todo el ejército; y así habria sucedido, á no haber acudido el mismo Antonio desde el frente con la infantería, y haber mandado á la legión tercera que por entre los que huían penetrase contra los enemigos; con lo que los contuvo en su persecucion.

Murieron sobre unos tres mil hombres, y se condujeron á



las tiendas cinco mil heridos; entre ellos el mismo Galo pasado de frente por cuatro saetas; pero este no sanó de las heridas. A los demas los visitó y alentó Antonio, llorando sobre sus males, y mostrándose compadecido; y ellos contentos tomándole la diestra le rogaban al retirarse que se cuidara y no se afligiese, saludándole con el dictado de Emperador, y diciéndole que se tenían por salvos con que él tuviera salud. Porque puede decirse que ni en robustez, ni en sufrimiento, ni en edad mandó general ninguno de los de aquella época un ejército mas brillante que el suyo: así como por otra parte en el respeto al general, en la obediencia unida con el amor, y en el preferir todos por un tenor, ilustres, plebeyos, caudillos y particulares el ser honrados y apreciados de Antonio á su propia salud, á ninguno de los antiguos Romanos concedía ventaja. Concurrían para esto las muchas causas que hemos dicho: su ilustre origen, su facundia y elocuencia, su munificencia y liberalidad, y su gracia y humor festivo para los chistes y paro el trato. Entonces condoliéndose y sintiendo con los que padecían, y dando á cada uno lo que le hacia falta, todavía tuvo mas prontos para todo que los sanos á los enfermos y heridos.

Cuando ya los enemigos desmayaban y cedían, de tal modo los engrió esta victoria, y hasta tal punto despreciaron á los Romanos, que aun por la noche se acercaron á su campamento, esperando saquear de un momento á otro sus tiendas vacías y sus equipajes abandonados. A la mañana se reunieron en mucho mayor número, pues se dice que no bajaban de cuarenta mil caballos, enviando el Rey hasta los de su guardia, como á una victoria cierta y segura; pues él en persona no se encontró en ninguna batalla. Queriendo Antonio hablar á los soldados, pidió la toga de duelo para comparecer á sus ojos en estado mas abatido; pero habiéndose opuesto á ello sus amigos, les arengó con el manto de general, alabando y aplaudiendo á los vencedores, é impropereando á los fugitivos; á lo que contestaron los primeros dándoles nuevas seguridades é inspirándole mayor confianza; y los segundos excusándose, y ofreciéndose á que si que-

ria los diezmasé, ó los castigase de qualquiera otra manera, no queriendo otra cosa sino que dejara de estar triste y desconsolado. Entonces tendiendo al cielo las manos, hizo á los Dioses la plegaria de que si por su anterior prosperidad tenían resuelto tomar alguna venganza, toda recayera sobre él, dando al ejército salud y la victoria.

Al dia siguiente continuaron su marcha mejor defendidos; y los Partos, cuando se presentaron á quererlos acometer, se encontraron con una extrema novedad; porque cuando creían que eran venidos á saquear y robar, y no á una batalla, cayó sobre ellos una nube de dardos, y viéndolo á los Romanos valerosos y esforzados, volvieron otra vez á desalentarse. Al bajar estos de unos collados bastante pendientes repitieron su ataque, acometiéndolos en la lenta marcha que llevaban; y entonces volviéndose la infantería encerró dentro de su formación á las tropas ligeras, y poniendo los primeros la rodilla en tierra, presentaron sus escudos sobre estos, y lo mismo respecto de estos los otros; y esta disposición, que es muy semejante á la forma de un tejado, sobre ofrecer una vista teatral, es la mas fuerte de las formaciones para hacer que se resbalen los dardos. Los Partos cuando vieron á los Romanos poner la rodilla en tierra, creyeron que aquello era darse por perdidos y efecto del cansancio, por lo que no quisieron valerse ya de los arcos, sino que echando mano á las lanzas se fueron á combatir de cerca; mas entonces los Romanos, levantándose de repente y alzando grande gritaría, los rechazaron con sus chuzos, y habiendo dado muerte á los primeros que se presentaron, pusieron en desordenada fuga á todos los demas; y otro tanto sucedió los dias siguientes, siendo muy poco lo que adelantaban en su marcha. Fatigó en esto el hambre al ejército, que solo combatiendo se proporcionaba algun poco de trigo, y que estaba ademas falto de los utensilios para la molienda, porque habia sido preciso dejar los mas á causa de ser muchas las acémilas que habian muerto, y ser conducidos en las restantes los enfermos y heridos. Dicese que un quenix (1) de trigo llegó á costar cincuenta dracmas; y que

(1) El quenix griego era igual á un cuartillo de la medida castellana.



el pan de cebada se vendía á peso de plata. Recurrieron en este apuro á las yerbas y á las raices, y como encontrasen pocas á las que estuviesen acostumbrados, siéndoles preciso hacer pruebas con las que no habian gustado antes, dieron con una yerba que los volvía locos, y despues de la locura les causaba la muerte : porque el que la comia no se acordaba ni tenia ya conocimiento de nada, y todo su afan era mover y revolver cuantas piedras veia, como si se ocupara en una cosa de importancia. Estaba pues llena toda la llanura de hombres inclinados al suelo para arrancar y mudar las piedras; y por último morian con vómitos de bilis, por cuanto les faltaba el vino, que era el único remedio. Como muriesen pues en gran número, y los Partos no los dejasen respirar, se dice que Antonio exclamó muchas veces : ¡O diez mil ! maravillándose de los que se retiraron con Jenefonte, pues que con haber hecho un camino mas largo desde Babilonia, y tenido que pelear con muchos mas enemigos, al fin se salvaron.

Los Partos, no pudiendo romper el ejército ni hacerle perder su formacion, vencidos y puestos en fuga muchas veces, volvían á acercarse pacificamente á los Romanos que iban á proveerse de trigo ó de forraje, y mostrándoles flojas las cuerdas de los areos, les decian que ellos tenian determinado retirarse, y aquel era ya el término de la guerra; y solo algunos Medos los seguirian á una ó dos jornadas, no para incomodarlos, sino para dar proteccion á las aldeas mas retiradas. Acompañaban á estas palabras saluciones y otros cumplimientos : de manera que los Romanos llegaron á tranquilizarse; y habiéndolo oido Antonio, pensó en descender mas á la llanura, por decirse que el camino por las montañas carecia de agua. Cuando iba á ponerlo en ejecucion llegó al campamento uno de los enemigos llamado Mitridates, sobrino de aquel Moneses que se acogió á Antonio, y á quien este hizo la donacion de las tres ciudades. Pidió que fuera á hablar con él alguno que supiera explicarse en la lengua pática ó siríaca; y ejecutándolo Alejandro de Antioquia, que era amigo de Antonio, le descubrió quién era, y poniendo aquel favor á cuenta de Moneses, le pregunto : ¿ si

veia aquellos montes continuados y altos allá léjos? respondió que sí los veia : Pues al pie de aquellos; le dijo, estan en acecho los Partos con un grande ejército : porque tras aquellos montes hay grandes llanuras, y esperan acabar en ellas con vosotros, llevándoos allá engañados con haceros dejar el camino de los montes. En este teneis sed y trabajo, cosas ya conocidas; pero si Antonio marcha por aquel, sábete que le aguarda la misma suerte que á Craso.

Dicho esto se retiró; y Antonio, encontrándose en gran perplejidad y confusion, hizo llamar á sus amigos y al Arabe que le servia de guia, el cual pensaba de aquella misma manera : pues aun sin enemigos sabia que aquellas llanuras carecian de senda cierta, y eran muy expuestas á perderse y andar errantes en ellas; cuando el atajo no ofrecia otra dificultad que la de haber de carecer de agua por una jornada. Mudando pues de propósito, marchó por este camino en aquella misma noche, mandando que se proveyesen de agua. Faltábanles á muchos las vasijas; por lo que llenaron de agua los morriones, y algunos hasta la tomaron en las pieles con que se cubrian. Cuando ya estaban en marcha tuvieron de ello aviso los Partos, y contra su costumbre se pusieron á perseguirles de noche; y al salir el sol alcanzaron á los últimos, que se hallaban muy mal parados con la vigilia y la fatiga; pues habian andado en aquella noche doscientos y cuarenta estadios : así, tanto por esto como por el apareciimiento repentino de los enemigos, cayeron en gran desmayo; y el combate mismo contribuia á acrecentar la sed, porque sobre la marcha misma tenian que defenderse. Los que iban de vanguardia llegaron á un rio de agua abundante y fresca; pero salada y dañosa : pues bebida movia el vientre con grandes dolores, é inflamaba mas la sed; y sin embargo de habérselo prevenido el Arabe, habian, desprendiéndose de los que querian contenerlos. Recorria Antonio las filas, y les rogaba que aguantaran por muy poco tiempo, pues no estaba lejos otro rio de agua saludable, y el resto de camino era ya áspero é inaccesible á la caballería, con lo que del todo se verian libres de enemigos : al mismo tiempo hizo llamar á los



que todavía peleaban, y dió la señal de acampar, para que siquiera gozaran de sombra los soldados.

Puestas las tiendas y retirados los Partos, segun solian, volvió otra vez Mitridates; y saliendo Alejandro á hablarle, lo exhortó á que haciendo un ligero descanso el ejército, levantara el campo, y se apresurara á ponerse al otro lado del rio, porque los Partos no le pasarian, ni los perseguirian mas que hasta allí. Habiéndolo anunciado á Antonio Alejandro, le llevó de parte de aquel muchos vasos y tazas de oro, de los que tomó Mitridates cuanto pudo ocultar bajo sus ropas, y se marchó. Todavía era de dia cuando hizo levantar el campo, y marchaban sin ser molestados de los enemigos; pero ellos mismos hicieron aquella noche la mas terrible y congojosa de todas: porque robaban y mataban á los que tenian oro ó plata, y saquearon los equipajes. Finalmente poniendo sus manos hasta en los cofres de Antonio, hacian pedazos la vajilla y mesas de gran precio, y se lo repartian. Como con este motivo fuese grande la turbacion y alboroto que se apoderó de todo el campamento, porque creian que habiéndolos sobrecogido los enemigos, se habian entregado á la fuga y á la dispersion, llamando Antonio á uno de los libertos que tenia en su guardia, llamado Ramno, le hizo jurar que cuando le diera la órden lo habia de pasar con la espada, y le habia de cortar la cabeza, para no caer vivo en poder de los enemigos, ni ser de ellos conocido despues de muerto. Lamentándose con esta ocasion sus amigos, el Arabe sosegó y tranquilizó á Antonio, diciéndole que estaban ya muy cerca del rio, porque el ambiente era húmedo, y una aura mas fresca y suave hacia agradable y dulce la respiracion: ademas de que el tiempo le hacia conocer que estaban al fin de la marcha, pues que restaba poco de la noche. Informáronle otros al mismo tiempo que el alboroto no habia tenido otro origen que la injusticia y latrocinio de algunos soldados; por lo que queriendo recoger y apaciguar la tropa desordenada y dispersa, mandó dar la señal de acampar.

Vino en esto el dia, y cuando el ejército empezaba á tomar algun órden y descanso, encontrándose los de retaguar-

dia molestados de los tiros de los Partos, se dió á las tropas ligeras la señal de batalla. La infantería volvió á formar tejado con los escudos, y á esperar en esta disposicion á los enemigos, que no se atrevian á acercarse. A poco que así caminaron los de vanguardia se descubrió ya el rio; y formando Antonio su caballería al frente de los enemigos, pasó primero los enfermos. Despues ya tuvieron facilidad y seguridad para beber aun los que habian combatido: pues los Partos, luego que vieron el rio, aflojaron las cuerdas de los arcos, y decian á los Romanos que pasaran tranquilos, celebrando mucho su valor. Pasaron pues sosegadamente, y luego que se hubieron repuesto continuaron su marcha, no fiándose todavía de los Partos. Al sexto dia despues del último combate llegaron al rio Arajes, que divide la Media de la Armenia. Parecióles mas profundo y rápido en su curso, y corrió la voz de que allí les tenian armada celada los enemigos para cuando pasasen; pero le pasaron sin ser inquietados; y cuando pisaron el suelo de la Armenia, como si acabaran de tomar tierra saliendo del mar, lo besaron, llorando de gozo, y abrazándose unos á otros. Como marchasen entonces por una region abundante, y lo tuviesen todo de sobra despues de la mayor miseria y escasez, enfermaron de hidropesía y cólicos.

Hizo entonces Antonio otra vez alarde, y halló que habia perdido veinte mil infantes y cuatro mil caballos, no todos á manos de los enemigos, sino como la mitad de este número de enfermedades. Su marcha desde Fraata habia sido de veintisiete dias, y habia vencido los Partos en diez y ocho batallas; pero estas victorias no habian tenido grandes consecuencias ni dado seguridad; porque el alcance seguido á los enemigos habia sido siempre corto y de muy poco fruto; en lo que se veia bien claro que el Rey de Armenia Artabaces habia privado á Antonio de dar fin á aquella guerra. Porque si hubieran permanecido diez y seis mil soldados de á caballo que trajo de la Media, armados como los Partos, y acostumbrados á pelear contra ellos, cuando los Romanos los hubieran rechazado en la batalla, estos los habrian acabado en la fuga, y vencidos no se habrian rehecho y vuelto



con osadía al combate tantas veces. Así es que todos acalaraban á Antonio para que castigara al Rey de Armenia; pero él, haciéndose cargo de la situación presente, ni le reconvinó por su traición, ni disminuyó en lo mas mínimo los honores y obsequios que solia hacerle, hallándose entonces con poca gente y falto de todo. Mas adelante, entrando en la Armenia, y atrayéndole con promesas y llamamientos á que viniera á sus manos, le prendió y conduciéndole atado á Alejandría, triunfó de él: cosa que disgustó mucho á los Romanos, por ver que con las hazañas y proezas de la patria hacia obsequios, á los Egipcios, por consideracion á Cleopatra; pero esto, como se ha dicho, fue mas adelante.

Entonces, caminando sobre nieves y en medio de un invierno de los mas crudos, perdió otros ocho mil hombres en la marcha; y bajando hasta el mar con muy poca gente, en una fortaleza situada entre Berito y Sidon, y llamada Leniceonte, determinó esperar á Cleopatra. Como tardase, era grande su desazon é inquietud; y aunque recurrió á sus desórdenes de beber hasta la embriaguez, no fue de manera que aguantase y se estuviese sentado, sino que se levantaba en medio de los brindis, é iba á mirar muchas veces, hasta que por fin arribó al puerto, trayendo mucho vestuario y cuantiosos fondos para los soldados: bien que algunos dicen que trajo efectivamente Cleopatra el vestuario; pero el dinero repartido lo puso Antonio de su propio caudal, como si lo hubiera dado esta.

Suseitóse á este tiempo riña y desavenencia entre el Rey de los Medos y el Parto Fraates, nacida, segun dicen, con ocasion del botin hecho á los Romanos; y fue tal que en el Medo engendró sospecha y rezelo de que este le despojara del reino. Por tanto envió á llamar á Antonio, prometiéndole que le auxiliaria en la guerra con todo su ejército. Infundió esto grandes esperanzas á Antonio, porque veia que aquella sola cosa en que se consideraba inferior para domar á los Partos, que era la fuerza de la caballería y á los arqueros, se le venia á las manos, pareciendo que hacia favor en lugar de pedirlo. Disponiase pues á subir otra vez por la Armenia, y juntándose con el Rey de los

Medos en el rio Arajes, dar desde allí principio á la guerra.

Queriendo Octavia navegar desde Roma á unirse con Antonio, se lo permitió César; los mas creen que no por condescender con su deseo, sino para que desatendida y abandonada diera causa justa para la guerra. Llegada á Atenas, recibió carta de Antonio, en que le daba orden de permanecer allí, hablándole de la expedicion. Sintiólo Octavia, y no dejó de conocer el pretexto; pero con todo le escribió, preguntándole adonde queria que le enviase los efectos que le traía; y eran gran copia de vestuario para los soldados, muchas acémillas, caudales y regalos para los caudillos y amigos que tenia á su lado; y fuera de esto dos mil soldados escogidos para las cohortes pretorianas, equipados de las mas primorosas armaduras. Dióle de esto noticia, enviado al efecto por ella, un tal Niger, amigo de Antonio el que añadió los mas completos, como los mas debidos elogios. Mas llegó á entender Cleopatra que Octavia iba á ponerse en contraposicion con ella, y temerosa de que uniendo á la gravedad de sus costumbres y al poder de César la dulzura de trato y la complacencia á la voluntad de Antonio, se le hiciera invencible y del todo se apoderara de este, fingió que estaba perdida de amores por Antonio; y para ello debilitaba el cuerpo con tomar escaso alimento, y en su presencia ponía la vista como espantada, y cuando se apartaba de ella caida y triste. Hacia de modo que muchas veces se la viera llorar, y de repente se limpiaba y ocultaba las lágrimas, como que no queria que él lo entendiese. Usaba de todas estas simulaciones cuando Antonio estaba para partir de la Siria al punto convenido con el Rey de los Medos; y los aduladores interesados por ella motejaban á Antonio de duro é insensible, porque iba á acabar con una pobre mujer, que en él solo tenia puestos sus sentidos: porque Octavia habia venido con motivo de los negocios, enviada del hermano, y ya disfrutaba del nombre de legítima mujer; cuando Cleopatra, Reina de tantos pueblos, se contentaba con llamarse la amante de Antonio, y no tenia á menos ó desdeñaba este nombre, mientras veia á este y le tenia á su lado; y luego que se mirase abandonada era seguro que no sobreviviria. Finalmente de tal manera le



ablandaron y afeminaron, que por temor de que Cleopatra se dejase morir, se volvió á Alejandría, y dió largas al Rey de los Medos hasta el verano, sin embargo de decirse que había entre los Partos sediciones y alborotos. Con todo habiendo subido despues, trabó amistad con él, y tomando para mujer de uno de los hijos de Cleopatra á una de las hijas del mismo Rey, que todavía era muy niña, volvió con esta afinidad cuando ya iba á entrar en la guerra civil.

Cuando Octavia volvió de Atenas, mirándolo César como despreciada y ofendida, le dió orden de que se fuese á vivir á su casa; pero ella le respondió que no dejaría la del marido; y rogaba al hermano que si no había determinado hacer la guerra á Antonio por otra cosa, no hiciese alto en sus querellas: pues ni siquiera era decente que se dijese de los dos mayores Emperadores que el uno por el amor de una mujer y el otro por zelos habían introducido la guerra civil entre los Romanos. Y esto que decía lo confirmaba con las obras: porque ocupaba la casa de Antonio como si este se hallara presente, y cuidaba con la mayor diligencia y decoro, no solo de los hijos que en ella misma había tenido, sino de los que había tenido en Fulvia; y si venían algunos amigos recomendados por Antonio para las magistraturas, ó por otros negocios, recibéndolos con aprecio, los protegía en lo que querían obtener de César. Mas sucedía que con esto mismo perjudicaba mas contra su intencion á Antonio: pues que era aborrecido por tratar mal á una mujer tan envidiable; y lo era ademas por el repartimiento que en Alejandría hizo á los hijos, y que pareció trágico, orgulloso y anti-romano. Porque introdujo un gran gentío en el gimnasio, donde sobre una gradería de plata, hizo poner dos tronos de oro, uno para él y otro para Cleopatra, y otros mas pequeños para los hijos. De allí en primer lugar proclamó á Cleopatra Reina del Egipto, de Chipre, del Africa y de la Siria inferior, reinando en union con ella Cesarion, el cual era tenido por hijo de César el dictador, que había dejado á Cleopatra encinta. En segundo lugar dando á los hijos nacidos de él y de Cleopatra el dictado de Reyes, á Alejandro le adjudicó la Armenia, la Media y el reino de los Partos para cuando

fuesen sojuzgados; y al Tolomeo la Fenicia, la Siria y la Cilicia. Al mismo tiempo, de los hijos presentó á Alejandro en traje medo, llevando la tiara derecha, á la que llaman tambien cidaris; y á Tolomeo adornado con el calzado, el manto y el sobrero con diadema, que es el ornato de los Reyes sucesores de Alejandro; así como aquel lo es de los Medos y los Armenios. Luego que los hijos saludaron con ósculo á los padres, al uno se le puso guardia de Armenios y al otro de Macedonios. Porque Cleopatra ya entonces, y siempre en adelante, no salía en público sino con la ropa sagrada de Isis; y como una nueva Isis daba oráculos.

Dió cuento César al Senado de estos sucesos; y denunciándolos muchas veces al pueblo, irritó á la muchedumbre contra Antonio. Envió en su parte este quien hiciera cargos á César: siendo los principales capítulos, primero: que habiendo despojado de la Sicilia á Pompeyo, no le había dado parte ninguna en aquella isla. Segundo, que habiendo recibido del mismo Antonio prestadas naves para la guerra, le había dejado enteramente sin ellas. Tercero, que habiendo expelido del mando á su colega Lépido, dejándole infamado, César se había tomado su ejército, sus provincias y las rentas que á aquel le habían sido asignadas. Sobre todo, que había repartido á sus soldados, podía decirse que toda la Italia, no dejando nada para los de Antonio. Defendíase de estas acusaciones César, diciendo que Lépido había tenido que abdicar un mando del que no usaba sino en agravio de los ciudadanos; que lo que había adquirido por la guerra lo partía con Antonio, cuando este partiera con él la Armenia; y que si sus soldados no participaban de la Italia, era porque poseían la Media y la Partia, que habían adquirido para los Romanos, combatiendo valerosamente con su Emperador.

Hallándose Antonio en la Armenia cuando tuvo noticia de estas cosas, dispuso que al punto bajara Canidio al mar con diez y seis legiones; el con Cleopatra se trasladó á Efeso, donde reunía una poderosa armada, haciendo venir naves de todas partes, pues con los trasportes llegaban á ochocientas; de las cuales había dado doscientas Cleopatra, veinte mil ta-



lentos, y viveres para todo el ejército durante la guerra. Antonio, á persuasión de Domicio y de algunos otros, resolvió que Cleopatra se retirara al Egipto á estar en espectacion de los sucesos de la guerra; pero ella, temerosa de que se hicieran nuevos concertos por medio de Octavia, ganó con grandes dádivas á Canidio, para que en su favor hiciera presente á Antonio que ni era justo alejar de aquella guerra á una mujer que tanto habia contribuido para ella, ni convenia tampoco amortiguar el interes de los Egipcios, que tan considerable parte eran de aquellas fuerzas; fuera de que no veia que Cleopatra valiera para el consejo menos que los otros Reyes aliados, siendo una mujer que por sí misma habia gobernado largo tiempo un reino tan extenso, y á su lado se habia formado para los mayores negocios. Al cabo esto prevaleció, porque estaba en los hados que todo el imperio habia de venir á reunirse en las manos de César. Juntado pues aquellos sus fuerzas, se dirigieron á Samos, donde se entregaron á toda diversion y regalo: pues así como dieron órdenes á todos los Reyes, potentados y tetrarcas, y á todas las naciones y ciudades comprendidas entre la Siria, la Meotide, la Armenia y el Ilirio para que enviaran y condujeran toda especie de preparativos de guerra; del mismo modo se impuso precision á todo cómico, farsante y juglar de acudir á Samos; y mientras casi toda la tierra estaba en afliccion y llanto, una sola isla cantó y danzó por muchos dias, estando llenos los teatros, y compitiendo entre sí los coros. Concurrieron al sacrificio todas las ciudades, enviando cada una un buey, y los Reyes iban entre sí á porfia en los convites y dádivas de manera que llegó á decirse: ¡cómo celebrarán estos la victoria, cuando tales fiestas hacen para los preparativos de la guerra!

Pasada esta furia de diversiones, á toda aquella comparsa de artifices de Baco les señaló para su residencia la ciudad de Priene; y se encaminó á Atenas, donde volvió otra vez á los regocijos y teatros. Cleopatra, envidiosa de los honores dispensados á Octavia, porque esta se habia hecho mucho lugar en Atenas, procuró ganar á aquel pueblo con toda especie de obsequios; y los Atenienses, habiéndole decreta-

do los honores que apetecia, diputaron embajadores que le llevaran los decretos, siendo uno de ellos Antonio como ciudadano de Atenas; y puesto ante ella, le dirigió un discurso en nombre de la ciudad. Euvió á Roma encargados para echar á Octavia de su casa; de la que dicen salió, llevando en su compañía á todos los hijos de Antonio, á excepcion del mayor tenido en Fulvia, que se hallaba con el padre; y salió llorando y lamentándose de que pareciese que era ella una de las causas de aquella guerra. Compadecíanla los Romanos; pero aun compadecian mas á Antonio: sobre todos los que habian visto á Cleopatra, que ni en edad ni en belleza se aventajaba á Octavia.

Al oír César la celeridad y grandeza de tales preparativos se sobresaltó por temor de tener que hacer la guerra en aquel verano: pues eran muchas cosas las que faltaban, y los pueblos llevaban á mal los exacciones de tributos. Porque precisados unos á dar la cuarta de sus frutos, y los de condicion libertina la octava de cuanto poseian, clamaban contra él, y habia sediciones y tumultos en casi toda la Italia. Así es que se tiene por uno de los mayores errores de Antonio el haber dilatado la guerra, por cuanto dió tiempo á César para prevenirse, y para que apaciguara las sediciones: pues si los hombres cuando se les exige se alborotan, despues de haber contribuido y pagado se aquietan. Ticio y Planco, varones consulares, amigos de Antonio, insultados de Cleopatra porque en muchas cosas se le habian opuesto mientras estaban en el ejército, huyeron de él, y pasándose á César, le denunciaron el testamento de Antonio, del que tenian conocimiento. Hallábase depositado en poder de las vírgenes vestales; y á la peticion que César les hizo se negaron respondiendo que si queria fuera y lo tomase. Hizolo así; y primero leyó para sí solo lo en él escrito, anotando algunos lugares, que daban mas margen á acusacion. Reuniendo despues el Senado, los leyó con ofensa é indignacion de muchos: porque parecia cosa dura y terrible que se hiciera cargo á nadie en vida de lo que disponia para despues de su muerte. Sobre lo que principalmente insistia era sobre la cláusula relativa á su entierro: porque mandaba que



si moria en Roma, su cadáver, llevado en procesion por la plaza, fuera enviado á Cleopatra á Alejandria; y Calvisio, amigo de César, añadió como crímenes de Antonio en sus amores con Cleopatra los siguientes: que habia cedido y donado á esta las bibliotecas de Pérgamo, en las que habia doseientos mil volúmenes distintos; que en un convite á presencia de muchos se habia levantado, y le habia echo cosquillas en los pies por cierto convenio y apuesta entre ellos; que habia sufrido que los de Efeso llamaran á su vista señora á Cleopatra; que muchas veces, estando administrando justicia á Reyes y tetrarcas, habia recibido de ella billetes amorosos escritos en cornerinas y cristales, y puéstose á leerlos; y que hablando en una causa Furnio, hombre de grande autoridad y el mas elocuente entre los Romanos, habia pasado Cleopatra por la plaza conducida en silla de manos, y Antonio, luego que la habia visto, habia marchado allá, dejando pendiente el juicio, y pendiente de la silla de manos la habia acompañado.

Se cree que la mayor parte de estas inculpaciones habian sido inventadas por Calvisio. Los amigos de Antonio andaban por Roma haciendo ruegos al pueblo, y enviaron á uno de ellos, que era Geminio, con el encargo de que hiciera presente á Antonio no se deseuídase, y diera lugar á que se le despojara del mando, y se le declaró enemigo público de los Romanos. Pasó Geminio á la Grecia, y desde luego se hizo sospechoso á Cleopatra de que iba ganado por Octavia. Era por tanto continuamente escarneido durante la cena, y colocado en los puestos de menos honor; pero él aguataba esperando la ocasion de poder hablar á Antonio, hasta que precisado en la misma cena para que dijese cuál era el objeto de su viaje, respondió que lo demas que tenia que decir pedia estar cuerdo; pero que cuerdo ó bebido lo que sabia era que seria muy conveniente que Cleopatra se marchase á Egipto. Enfadóse Antonio al oirlo; pero Cleopatra lo que dijo fue: Ha hecho muy bien Geminio en confesar la verdad sin que le dieran tormento. Geminio pues huyó de allí á pocos dias, y regresó á Roma. A otros muchos de los amigos de Antonio echaron de allí los aduladores de

Cleopatra, por no poder aguantar sus insultos y provocaciones, siendo de este número Marco Silano y Delio el historiador. De este se dice que temió ademas las asechanzas de Cleopatra, dándole aviso Glaucó el médico; y es que habia picado á Cleopatra, diciéndole en la cena que á ellos se les daba á beber vinagre, mientras Sarmento bebia en Roma vino falerno. Este Sarmento era un muchachito de los que servian al entretenimiento de César; á los cuales los Romanos les llamaban delicias.

Cuando César se hubo preparado convenientemente, se decretó hacer la guerra á Cleopatra, y privar á Antonio de una autoridad que abandonaba á una mujer; y César añadió que Antonio, emponzoñado con yerbas, ni siquiera era dueño de sí mismo; y los que hacian la guerra eran Mardion el eunuco, Potino, Eira, belleza de Cleopatra, y Carmion, por quienes eran manejados la mayor parte de los negocios de la comandancia general de Antonio. Dicese que precedieron á esta guerra las señales siguientes: la ciudad de Pisauro, colonia establecida por Antonio, y situada sobre el Adriático, habiéndose hundido el suelo, desapareció. Una de las estatuas de piedra de Antonio, puestas en la ciudad de Alba, se cubrió por muchos dias de sudor, del que no se vió libre aun cuando algunos quisieron enjugarla. Hallándose el mismo Antonio en Patras, el templo de Hércules fue abrasado de un rayo; y en Atenas el Baco de la Gigantomaquia, arrancado del viento, fue llevado hasta el teatro; y es de advertir que, como hemos dicho, Antonio se jactaba de pertenecer á Hércules por el linaje, y á Baco por la emulacion de su tenor de vida, haciéndose llamar el nuevo Baco. El mismo huracan, soplando con igual violencia sobre los colosos Eumenes y Atalo, que eran llamados los Antonios, entre los demas, á ellos solos los derribó al suelo. Llamábase asimismo Antonia la nave capitana de Cleopatra, y se notó en ella un prodigio extraño: porque habian hecho nido unas golondridas en la popa, y habiendo venido otras, lanzaron á estas, y les mataron los polluelos.

Cuando ya estaban próximos á dar principio á las hostilidades, las naves de guerra de Antonio no bajaban de qui-



nientas : en las que habia muchas de ocho y de diez órdenes, adornadas con mucho lujo y magnificencia ; y su ejército se componia de cien mil infantes y doce mil caballos. Los Reyes que estaban á sus órdenes y le auxiliaban eran Boco, Rey de los Africanos, Tarcondemo de la Cilicia superior, Arquelao de la Capadocia, de la Paflagonia Filadelfo, de la Comagena Mitridates, y Abdala de la Tracia : estos asistian á su lado. Polemon envió tropas del Ponto, Malco de la Arabia y Herodes de Judea ; y tambien Amintas, Rey de los Licaonios y los Gálatas. Habia venido asimismo auxilio del Rey de los Medos. César de naves para combate tenia doscientas cincuenta, y su ejército se componia de ochenta mil infantes y de otros tantos caballos como el de los enemigos. Imperaba Antonio desde el Eufrates y la Armenia hasta el mar Jonio y los Ilirios, y César en todo el pais situado desde los Ilirios hasta el Océano occidental, y despues, volviendo de este hasta el mar de Toscana y de Sicilia. Estaban ademas sujetas á César el Africa, la Italia, la Galia y la España hasta las columnas de Hércules ; y las tierras desde Cirene hasta la Etiopia á Antonio.

Estaba de tal modo pendiente de aquella mujer, que siendo las fuerzas de tierra aquellas en que considerablemente se aventajaba á su contrario, se determinó por el combate naval á causa de Cleopatra ; y eso que veia que por falta de marinería arrebatában los capitanes de navio en la oprimida Grecia á los viajeros, arrieros, segadores y á todo jóven ; y ni aun así estaban bien tripuladas las naves, y solo con gran dificultad y trabajo se sostenian en el mar. César, que con naves, no equipadas por el aparato y la ostentacion, sino ágiles, prontas y bien provistas y tripuladas, ocupaba con su armada á Tarento y Brindis, envió á decir á Antonio que no se perdiera tiempo, sino que viniera con todas sus fuerzas : pues él proporcionaria á su armada radas y puertos contiguos, y con su propio ejército se retiraria dentro de Italia la carrera de un caballo, hasta que el mismo Antonio hubiera hecho su desembarco, y acampádose con toda seguridad. Antonio, contestando á una fanfaronada con otra, lo envió á desfiar, sin embargo de que él era mas viejo ; y si

esto no le acomodaba, le proponia que combatieran en Farsalia con sus ejércitos, como antes lo habian hecho César y Pompeyo. Adelantóse César, mientras Antonio se hallaba surto en Accio en el sitio en que ahora está edificada Nicópolis, á pasar el mar Jonio y ocupar una aldea del Epiro, llamada Torune : voz que significa cucharón. Como esto suscitase grande revuelta y alboroto entre las gentes de Antonio, porque su ejército estaba muy rezagado, Cleopatra, haciendo de chistosa, dijo : ¿ Qué mucho que haya esta revuelta, si César se ha apoderado del cucharón ?

Antonio, habiéndose puesto en movimiento desde muy temprano las naves de los enemigos, temeroso de que tomaran las suyas vacías de marinería, armó á los remeros, y los formó sobre cubierta precisamente para vista ; y suspendiendo y colocando los remos en forma de alas á uno y otro lado de las naves, las tuvo puestas de proa en la boca del puerto de Accio, como si estuvieran bien equipadas y preparadas para la defensa ; y César, engañado con esta estratagemá, se retiró. Parece que tambien obró con grande arte en interceptar el agua con ciertas obras de fortificacion, y privar así de ella á los enemigos ; no teniendo sina poca y mala los pueblos del contorno. Trató asimismo con consideracion é indulgencia á Domicio, contra la voluntad de Cleopatra : porque habiéndose embareado este estando ya con calentura en un barquichuelo, y pasádose á César, Antonio lo llevó muy á mal ; y sin embargo le envió todo su equipaje, y juntamente sus amigos y esclavos ; mas Domicio, arrepentido por lo mismo de ver que su infidelidad y su traicion eran notorias, se murió al punto de pesar. Hubo igualmente defeccion en algunos Reyes, como en Amintas y Deyotaro, que se pasaron á César. Desengañado por fin Antonio de que la armada no se hallaba en estado de servir y de prestarle los prontos auxilios que necesitaba, se creyó en la precision de recurrir al ejército ; y Canidio, comandante de este, tambien mudó de parecer cuando ya se estuvo en los momentos de conflicto, aconsejando á Antonio que convenia despedir á Cleopatra ; y retirándose á la Tracia ó á la Macedonia, dirimir con las fuerzas de tierra aquella contienda. Porque Di-